Para general conocimiento
JOSÉ MARÍA MERINO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

JOSÉ MARÍA MERINO (A Coruña, 1941) se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*. El presente relato pertence al volumen *50 cuentos y una fábula*.

Durante más de seis meses una extraña conexión ha permitido que un par de madrileños accediésemos a algunos de los secretos de una avanzadísima cultura extraterrestre.

En el barrio todo el mundo me conoce como vecino y propietario de una clínica veterinaria dotada de medios adecuados y modernos. Es notorio que desempeño correctamente mi profesión y que soy bastante hábil para diagnosticar las dolencias e infecciones de mis pequeños pacientes y para curarlos, operarlos y vacunarlos, y aunque no tengo tantos conocimientos como para comprender en toda su amplitud algunos de los fenómenos en cuya investigación profundiza la ciencia cada día más, no me es ajeno el mundo microscópico ni la ordenación de la vida en sus estructuras más comunes.

Lejos de los ácaros, los quistes y los parásitos, los asuntos relacionados con el estudio y la exploración del cosmos no forman parte de mis preocupaciones profesionales, pero me han interesado desde que, adolescente, leía esas novelas cuyas tramas se desarrollan en espacios remotos y que sigo adquiriendo periódicamente en la bien surtida librería de mi amigo Jesús, en la calle de San Bernardo.

Con los años, e influido tal vez por la sucesión de tantas lecturas, la intuición de la distancia que separa las galaxias me estimula como el recuerdo de un trayecto que hubiese recorrido realmente. Es lógico, por ello, que lo sucedido en una calle del Barrio del Centro de esta capital, aunque nunca conocido por la opinión pública, me parezca de extrema importancia y que, a falta de otro medio para difundirlo mejor, haya resuelto imprimir mi testimonio y repartirlo entre conocidos, vecinos y clientes.

Aunque no pueda aportar pruebas, de mi condición de persona veraz y razonable pueden dar fe muchos que ejercen en el barrio su industria, oficio o cargo. Es de lamentar que el otro testigo de los sucesos, un viejo amigo cuyo nombre no estoy siquiera autorizado a mencionar, no haya accedido a participar en la redacción de este escrito. Mas las razones de su silencio radical y su riguroso anónimo provienen de un temperamento retraído, aborrecedor de la notoriedad, y no de una voluntad de desamparar mi testimonio. Nunca podría él negar la aventura esplendorosa que ambos compartimos, como compartimos tantos momentos de soledad, de viudo la suya y la mía de irreductible célibe.

Dueño de una farmacia en una calle de este mismo barrio, que tampoco debo nombrar por no traicionar su voluntaria ocultación, mi amigo es también aficionado a los asuntos del cosmos y sus misterios. Influido desde su juventud por las doctrinas teosóficas, que su padre practicaba y que le costaron la vida al terminar la guerra civil, adepto a la filosofía natural, mi amigo posee una biblioteca copiosa, con bastantes textos sobre la interpretación del universo donde sin prejuicios ideológicos ha ido incorporando a la vez lo esotérico y lo científico, y con alguna frecuencia nos complace a ambos reunirnos delante de una botella de jerez fino para charlar sobre las noticias que, en la materia que nos interesa, van apareciendo en los periódicos: tal o cual congreso de físicos que estudian los llamados agujeros negros o la posibilidad matemática de que existan otros mundos habitados, e incluso universos paralelos al nuestro, situados en una dimensión impalpable e invisible y acomodados al mismo espacio que nosotros ocupamos por una misteriosa disposición de las moléculas materiales y de los recovecos del tiempo.

Fue durante una de aquellas veladas cuando mi amigo me comunicó por vez primera sus sospechas de que en el viejo edificio deshabitado que se alza frente a sus vivienda y negocio, apuntalado desde hace meses por gruesas vigas y contrafuertes, podía estar teniendo lugar algún extraño fenómeno. Al parecer, la noche anterior, por segunda vez en el plazo de algunas semanas, a eso de las once y media de la noche, en los momentos en que mi amigo se recoge en su habitación para disfrutar de un rato de lectura antes de acostarse, había despertado su curiosidad un zumbido inusual y sutil procedente de la calle que, cuando él se acercó al balcón para saber de qué se trataba, coincidió con una insólita luminosidad que provenía del portal de la casa apuntalada. El resplandor marcaba en la acera y la calzada una franja azul extraordinariamente intensa que se mantuvo escondida algunos minutos.

Mi amigo había pensado que la luminosidad estaría producida por el reflejo de la llama de algún soplete o instrumento similar con que alguien estaría trabajando dentro del inmueble, en el inicio al fin de las obras de rehabilitación tan largamente pospuestas. Por ello y a pesar de lo impropio de la hora, no le dio mayor importancia y ni siquiera me habría hablado de ello si la segunda vez, la víspera de aquella misma noche en que nos encontrábamos, no hubiese percibido, tras escuchar el extraño zumbido y descubrir el chorro de luz refulgente que parecía volcarse sobre la calle, cómo se recortaba en medio de la estridente luminosidad una enorme silueta sombría que, según sus propias palabras, recordaba la figura de esas imágenes en que la Virgen está cubierta por una gran capa de forma troncocónica y tocada con una corona.

La forma de la silueta le sorprendió tanto que mi amigo se precipitó fuera del piso en batín y zapatillas, bajó corriendo las escaleras y salió a la calle sin precaverse de los peligros que, lamentablemente, suelen acechar de noche al transeúnte en este barrio, pese a nuestras reiteradas protestas ante el delegado del Gobierno. Dijo que la luz casi se había extinguido ya, pero que en el fondo del portal permanecía el borroso bulto que había originado aquella sombra peculiar.

Arrastrado por el impulso de su curiosidad, mi amigo entró en el portal, llegó sin vacilaciones hasta el arranque de las escaleras y siguió el tramo que descendía hacia el sótano, para encontrarse con una especie de arco que daba paso a una estancia que la lógica y la razón hubieran impedido caber allá una enorme plaza rodeada de cúpulas gigantescas en las que la figura que mi amigo iba siguiendo pareció disolverse mientras aquella enorme y absurda oquedad rodeada de misteriosas edificaciones se desvanecía también entre el compacto desplome de la negrura nocturna y mi amigo comprendía que se encontraba él solo al fondo de la casa arruinada y vacía, sintiendo con certeza en su olfato el olor vigoroso a moho y basura rancia.

A partir de aquella velada y entre las diez y la una, mi amigo y yo vigilamos desde su balcón el portal frontero de su casa. Y estábamos los dos entretenidos en una partida de ajedrez la tercera de las noches en que se produjo el fenómeno sonoro y luminoso. Nos asomamos al balcón y, tras percibir la misma sombra que mi amigo había descubierto la vez anterior, fuimos testigos de la aparición del ser que la originaba, cuyo bulto real siguió a la sombra troncocónica que proyectaba en el suelo y avanzó lentamente hasta quedar inmóvil en mitad de la calzada.

El aspecto de aquella figura era tan sorprendente que mi amigo y yo bajamos con rapidez, salimos a la calle y encontramos al personaje quieto en el mismo punto, como

si estuviese esperando alguna clase de recibimiento. Nos aproximamos a él y al contemplar sus rasgos comprendimos que no era de este mundo. Tras unos instantes, comprobamos que no parecía haber en su actitud amenaza alguna, por lo que lo agarramos cada uno de uno de sus miembros laterales, que aparentemente eran unos brazos como los de los humanos, y le obligamos con suavidad a subir las escaleras hasta regresar al piso.

Nunca conoceré cuál hubiera sido la transcripción más apropiada de los sonidos con que él mismo describió su nombre, pues mi amigo, tras oírlos por primera vez, sintetizó todas sus modulaciones y matices en una tajante expresión bisílaba de resonancia castiza. Te llamaremos Ulpi, dijo tras escucharlo, y el recién llegado aceptó sin protestar la designación.

Tenía la piel azulada y, desde el entrecejo hasta el occipucio, en mitad del cráneo pelado, una estrecha protuberancia pilosa que formaba una cresta arrogante. Sus ojos eran de color azafrán y los rasgos del rostro similares del todo a los humanos, salvo que cuando abría la boca dejaba ver una dentadura negruzca, que apenas sobresalía de las encías. Las manos serían como las nuestras si no ostentasen dos pulgares cada una, en lugar de uno solo, y el resto del cuerpo no pudimos verlo al principio, porque estaba cubierto por el gran ropaje en forma de túnica, pero luego comprobamos que tenía dos piernas. No conseguimos saber a qué sexo pertenecía y solamente nos fue posible apreciar —cuando cambió su ropaje por una camisa y unos pantalones vaqueros, para que su apariencia no resultase en el barrio tan estrafalaria— que en el lugar donde los mamíferos llevamos los aparatos externos del sistema reproductor, Ulpi presentaba una especie de cubierta conquiforme, parecida al caparazón de algunos animales marinos.

Hablaba el español bastante bien y aquella misma noche mientras mi amigo y yo apurábamos la botella de fino, nos explicó que su aparición era el resultado de una investigación que llevaba realizando en secreto —una especie de tesis doctoral, dedujimos— dentro de ciertas teorías que, totalmente ininteligibles para nosotros, tenían relación directa con la naturaleza del universo. Nos dijo que, con ayuda del azar, había conseguido preparar un mecanismo capaz de conseguir lo imposible: abrir un pequeño resquicio en el punto de interferencia de nuestros mundos paralelos. Desde entonces, gracias a determinados instrumentos de su cultura, nos había ido estudiando, y cuando le pareció posible entenderse con nosotros se había decidido a acercarse personalmente a nuestro mundo. La de aquella noche resultaba así su primera visita y mi amigo y yo los afortunados anfitriones.

Ulpi pensaba que todo este mundo era parecido a nuestro barrio y debimos hacerle comprender que aquella calle era solamente una porción diminuta de una de las muchas ciudades del planeta y que esta lengua, como nuestras costumbres y maneras de vivir, no podía generalizarse a todos los humanos. Empezaba a amanecer y, cada vez más interesado por nuestras libaciones, bebió una copa de fino, pero inmediatamente se desplomó, fulminado por la pérdida del sentido. Entre mi amigo y yo llevamos su cuerpo, que pesaba muy poco, a una de las alcobas vacías, y le dejamos sobre la cama. Inconsciente pero vivo, permaneció allí durante ocho o nueve días.

Faustino, el mancebo de mi amigo —que, como él, está próximo a cumplir la edad de jubilación—, vino corriendo a llamarme a la clínica una mañana: Ulpi había despertado al fin. Cuando llegué, tuve que escuchar sus reproches a nuestra barbarie, por consumir

brebajes capaces de tanto embrutecimiento. Excitadísimo, Ulpi aseguraba que era preciso establecer una comunicación permanente entre nuestros mundos respectivos, de modo que el nuestro pudiera beneficiarse de todo el progreso que había conseguido alcanzar el suyo. Aseguraba que deberíamos aceptar la tutela de los suyos para dejar atrás lo que él calificaba como el salvajismo que nos impregna. Según Ulpi, el procedimiento para convertir en acceso permanente aquel resquicio que él había conseguido entreabrir algunas veces sería mucho más sencillo si se intentaba desde nuestro universo y no consumiría más energía de la que pueden gastar a la semana, en su conjunto, los electrodomésticos de una casa de veinte viviendas.

Como es natural, tanto mi amigo como yo estábamos ansiosos por conocer aquel universo paralelo y pocos días después, al cumplirse el plazo de las previsiones de Ulpi para la reapertura del resquicio, le acompañamos, tras atravesar el portal polvoriento de la casa abandonada y descender el último tramo de las escaleras que llevaban al sótano.

Es la permanencia del asombro ante tantas maravillas lo que, sobre todo, ha despertado en mí la necesidad de dejar este testimonio. El universo de Ulpi muestra como realidades palpables algunas de las más fantásticas hipótesis de esas novelas a cuya lectura soy tan aficionado. Una vida urbana pero silenciosa y apacible, protegida por enormes bóvedas transparentes sobre las que brilla un largo crepúsculo, interrumpido por la breve aparición diurna de un sol doble y por la también breve oscuridad nocturna que preside una corona de lunas. Explotados al máximo los recursos naturales, el aire respirable se conserva en las poblaciones mediante aquellas cúpulas, que protegen los edificios y también los últimos bosques del planeta, aunque la necesidad de ahorrar aire obliga, en las ciudades, a utilizar fuera de las viviendas unas pequeñas mascarillas que forman ya parte de la indumentaria habitual.

Todo será asombrosamente limpio y la simplificación del trabajo —realizado en el propio domicilio, a través de ordenadores— ha dejado mucho tiempo para un ocio que se ocupa en el seguimiento de espectáculos audiovisuales que llegan a la imaginación mediante pequeños receptores colgados como adornos en los lóbulos de las orejas. Los habitantes son grandes solitarios y lo primitivo de muchos de nuestros usos resulta dramático si nos comparamos con ellos: por ejemplo, la actividad de alimentarse está resuelta mediante la implantación subcutánea de las precisas sustancias nutritivas aunque, de vez en cuando, tanto Ulpi como sus congéneres suelen tomar un plato rico en fibras. El lenguaje es al parecer muy sintético y su avance intelectual ha sido tan grande que los libros han desaparecido y toda la información, así como las ficciones, se transmiten solamente por medio de la imagen y del sonido.

Nuestra visita apenas duró una hora, pero yo creo que el regreso de aquel mundo articulado de modo tan fabuloso nos dio, a mi amigo y a mí, la medida exacta de nuestra dimensión cultural y biológica. Quedamos estupefactos, hasta el punto de ser incapaces de intercambiar tranquilamente nuestras impresiones, y optamos por no hablar de ello hasta poder rumiarlo y asimilarlo un poco más. Ulpi nos acompañó en nuestro regreso, dispuesto a ordenar los medios necesarios para que pudiese establecerse una relación estable entre ambos universos. Se instaló en aquella habitación vacía de la casa de mi amigo y allí fue montando una complicada red de hilos de distintos materiales que, según sus indicaciones, le íbamos suministrando. Una vez preparado el puente, se proponía advertir a los más altos responsables públicos de ambos planetas para propiciar su encuentro y respectivo conocimiento.

Creo que cualquiera comprenderá que, inmersos en la estupefacción subsiguiente a nuestro descubrimiento y desbordados por el proyecto y los propósitos de Ulpi, mantuviésemos en secreto todo el asunto, mirando trabajar a nuestro visitante con esa mezcla de aturdimiento, impotencia y hasta fatalismo que deben suscitar en las gentes comunes todos los hechos y sucesos grandiosos.

Las cosas empezaron a torcerse cuando Ulpi conoció al gato de una hija de mi amigo, un gran pardo habana que me había traído para que se lo vacunase. Luego sabríamos que en ese mundo paralelo tan paradójicamente cercano a este barrio, la ya antigua civilización industrial hizo desaparecer todas las especies animales. Y resultó que, al encontrarse con el gato, Ulpi se sintió fuertemente atraído por ese ser nunca visto ni imaginado antes por él, de movimientos sutiles e indescifrable actitud, y pronto comprendimos que su atención solícita iba más allá del puro interés por una especie viva y mostraba los síntomas de un auténtico enamoramiento.

En aquel trance no pudimos servir de ayuda a nuestro extraterrestre, cuyo talante se iba mostrando cada vez más sombrío como consecuencia de su imposible comunicación con el desdeñoso animal. Para hacerle salir de su penosa situación, decidimos ponerlo en contacto con algunos de los jóvenes del barrio, que aceptaron sus peculiaridades físicas sin demasiada extrañeza, y con una noche se lo llevó en su moto el hijo de la frutera, que tiene su tienda en la calle de Las Minas, frente a la peluquería Casablanca.

En pocos días, Ulpi sufrió una profunda transformación: tras olvidar su desazonadora obsesión por el gato y abandonar su tarea de construcción del puente entre los mundos, declaró haber comprendido que debía llevar a cabo una más amplia y meticulosa investigación acerca de nuestros modos de vida. Fuimos conociendo que en tal investigación alcanzaban papel importante los bares de la zona. Nos confesó con orgullo haber probado todos los alimentos que constituyen dieta habitual en nuestra ciudad y menos de un mes después del inicio de su vida pública era capaz de beber varias cañas seguidas y toda clase de bebidas espirituosas, y había comenzado a fumar sin que su metabolismo manifestara ya reacción alguna, hasta tal punto se había adaptado a las nuevas condiciones de vida.

Pero mi amigo y yo comenzamos a sentirnos preocupados por los posibles resultados de aquellas nuevas costumbres, ya que cada vez trasnochaba más, y supimos también que aquel extraño caparazón que ocultaba o constituía su sexo era motivo de singular curiosidad para algunas muchachas, que acompañaban a nuestro extraterrestre con muestras de alegre camaradería.

Mientras tanto llegaron las máquinas a la casa frontera a la de mi amigo y comenzaron los trabajos de restauración. La demolición del entresuelo dejó a la vista las oscuras entrañas de los sótanos. Aquella misma noche mi amigo pudo percibir en un extremo del socavón el débil parpadeo de un brillo azulado que se iba extinguiendo.

Durante los dos días siguientes intentamos localizar a Ulpi, que llegó al final de la tarde del segundo día. Comprendimos que la investigación había ampliado extraordinariamente su léxico. Vestía una cazadora de cuero con muchas cremalleras, se había teñido de color caoba su cresta pilosa y era portador de una carpeta que anunciaba una academia de diseño. Nuestras noticias sobre la obra de la casa frontera no

parecieron preocuparlo y miró la gran red que había comenzado a trenzar en aquel cuarto con desinterés y menosprecio, asegurando que, cuando fuese preciso, afrontaría la construcción del puente desde nuevas hipótesis que estaba empezando a imaginar y que harían del todo innecesario aquel tinglado.

Se fue y ya no volvimos a verlo más hasta el viernes pasado, en el depósito de cadáveres, adonde acompañamos a la frutera de Las Minas para identificar el de su hijo, que se había estrellado con la moto en el paseo de Extremadura, camino de una discoteca. Los restos de su acompañante estaban en una zona especial del depósito y sus características habían desconcertado a los forenses, al no poder atribuirles condición humana. Todos se sintieron muy aliviados cuando mi amigo y yo los identificamos y reclamamos.

Tras incinerar los restos de Ulpi, mi amigo farmacéutico conserva sus cenizas en esa habitación donde permanecen tendidos, como una gran tela de araña, los hilos del inconcluso puente que debería haber unido nuestros universos.

De tal manera desafortunada y dramática se frustró una ocasión excepcional de que los humanos, o al menos los madrileños del Barrio del Centro, enlazásemos directamente con una cultura que debe estar entre las más avanzadas del infinito y admirable cosmos.

Benigno Añón. Doctor en Veterinaria.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya